

ratada, está el secreto de la greguería. Sólo en una persona tan extraordinaria como extravagante, en Ramón Gómez de la Serna, donde convivían el poeta íntimo y el periodista exterior, el filósofo del absurdo y el humorista, podría engendrarse el ingenio y novedad de sus greguerías.

Como el payaso que después de sus actuaciones hilarantes le cruza la melancolía, Ramón confesará: «... pues yo no tengo presunción ya que en toda greguería sólo veo el optimismo de mis gusanos futuros». Por el humor negro, podría haber descendido a los fosos quevedianos, pero no era éste su propósito, ni estético ni humano. Le sobraba buenhumorismo y le faltaba el ácido sarcasmo, el resentimiento destructivo y creador de algunos genios airados. Con Ramón no puede uno enfadarse. Leyéndole se le perdonan todas sus muchas travesuras estéticas. Su literatura no es una meditación, sino un juego de infinitas sorpresas. Al final, ninguna idea, cáscaras de palabras rotas, imágenes fugaces, espejillos, donde en un momento brilla el sol.

Entre otras muchas definiciones sobre la greguería, dadas por Ramón, recogemos ésta: «Desde luego es la imagen de la imagen,²⁴ la imagen singular, sin regla, pues no es la dislocación, ni una serie de adjetivos, ni nada valente por definición, sino “todo” si se tiene en suerte y se encuentra la cifra del premio nuevo, cuyo número es el perfecto azar sin posible trampa porque es lo único que resuelve los jeroglíficos del alma». La greguería es la unidad mínima y máxima de la escritura ramoniana. Todos sus libros se sustentan sobre ella, arena sobre arena, sin crear masa, átomos que no forman moléculas. Las greguerías son imágenes distintas que se suman en una prosa de luces, como fuegos artificiales que estallan en la noche. En las obras de Ramón, no interesa el resultado global, sino la calidad de la página, quintaesenciada en el prodigio de una greguería. Sobre la narración, domina el estilo creador; sobre el discurso, la síntesis de la greguería.

El estilo de Ramón es exagerado. Todo estilo lo es. Hipertrofia, peculiaridad. Además, la aportación de Ramón a la literatura, está en su originalidad creadora, en su greguería como punto y génesis de su escritura. Había en él una intención de «epatar» al lector, deslumbrándole con la imagen sorprendente. ¿Hiperbólico? Sí, pero también finamente poético. No es una exageración inflada en el chiste fácil, sino la imagen fugaz que se descompone poéticamente. El humorismo se equilibra en la poesía. El fuego fatuo, no se estupidiza en la ocurrencia. Apagada la luz, brevemente, brilla el resplandor de la metáfora. «La bombilla que se funde nos gasta una broma de fotógrafo al magnesio», escribió Ramón. Muchas de sus greguerías, pasada la actualidad del tiempo que las inspiró (bastantes no eran más que noticias poéticas, fogonazos de curiosidad), se han apagado como bombillas fundidas. Otras brillan todavía con intensidad, en sus textos, en las páginas de la vanguardia, en la poesía de la generación de 1927. En sus discípulos e imitadores; en sus epígonos y hasta en sus enemigos estéticos. Sobre la vulgaridad graciosa de greguerías como: «El violín colgado parece un pollo asado», «El camello tiene cara de cordero jorobado», «La morcilla es una transfusión de sangre con

²⁴ Sobre la imagen, véase Gerardo Diego, «Posibilidades creacionistas», en Cervantes, Madrid, octubre de 1919.

cebolla», la gracia poética de estas otras: «Las golondrinas entrecomillan el cielo», «En la noche alegre la luna es una pandereta», imagen lorquiana también, «El acto más bello de la playa es ver cómo se quita las medias de arena la mujer bonita». Exageración, cercana al chiste fácil, aunque con ingenio en greguerías como las siguientes: «Era tan alta la nieve que todos andaban en calzoncillos», «En las pantorrillas de la mujer blanca sonríen las mejores angulas», «El manco de los dos brazos se quedó en chaleco para toda la vida».

2.3. *Los antecedentes de la greguería*

¿Es la greguería un *haikai* en prosa? Así lo vio Ramón: «Si la greguería puede tener algo de algo es de *haikai* pero *haikai* en prosa, así como es una casida menos amorosa que la casida». Pero el *haikai* es brevedad, hondamente poético, imagen instantánea, interior, delicadeza sin la grosería del humorismo. Ramón lo ha definido en su estilo, como una greguería más: «El *haikai* es sólo rocío de greguería, seda de una oruga que se nutría como de hojas de morera de hojas de greguerías». Obsérvese la brevedad y el candor del *haikai*, en ejemplos recogidos por Ramón: «Siembra de ensueño / para todos de día; / luna de otoño», «Brisa marina. En la vacía barca / un cangrejito», «Un gramo de arena / en la concha; playa dorada». O estos otros: «Al caer la camelia saltaron unas gotas de agua fresca», «El gran espejo me mira con sus ojos glaciales de destino».

También encuentra Ramón antecedentes de la greguería en las casidas arabigoandaluzas. Aunque su temática es generalmente amorosa, sin embargo encuentra «greguerías» sobre cosas y paisajes. Sobre la luna: «La luna es como un espejo cuya alinde ha sido empañado por los suspiros de las doncellas». Sobre el ocaso: «La tiniebla se bebe el rojo licor del crepúsculo». Sobre la nuez: «Es una envoltura formada por dos piezas tan unidas que es linda de ver: Parecen los párpados cuando se cierran en el sueño». Sobre el río: «La estrecha cinta parece un respunte de plata en una túnica verde». Son casi greguerías. Les sobra lirismo y les falta humor. Ramón establece distancias para definir lo que es la greguería: «No es lo demasiado poético, ni lo demasiado chabacano».

Cita a varios autores de prestigio como antecesores en el uso de las greguerías: Luciano; Eurípides («La miel es el trabajo público de las abejas»); Horacio, cuando llama saleros a los ojos; Shakespeare, cuando dice: «Los ojos son los locos del corazón»; Pascal: «Los ríos son caminos que andan»; Quevedo, «Los ojos pequeños tienen niñas y los grandes mozas»; también Góngora, Víctor Hugo, Francis Jammes: «El sauce es un aguacero de verdor»; Heine, Hebbel.

Ramón critica, desde su amor propio, que se recurra a Jules Renard como el verdadero precursor de la greguería. Lo llama malevolencia de aquellos que quieren desacreditarle robándole la patente de invención. Distingue entre algunos pensamientos sueltos de Renard, metáforas y observaciones aforísticas que se repiten y sus greguerías. Hasta la edición del *Diario* de Jules Renard, en 1927, no se vulgarizan sus pensamientos cortos y las greguerías comienzan en 1910.

Cita a Saint-Pol-Roux que hizo algunas definiciones greguerísticas: «Comadrona de luz: el gallo», «Los árboles cambian entre sí pájaros como palabras».

Encuentra greguerías en José Zorrilla, Paul Verlaine, Chejov, Paul Valéry, Bernard Shaw; Rubén Darío («El peludo cangrejo tiene espinas de rosa»); Cocteau («El diamante es un hijo enriquecido del carbón»); Huidobro («Los ascensores suben como el mercurio de los termómetros»); García Lorca («Enjambres de ventanas acribillan un muslo de la noche» o «La luna tiene un sueño de grandes abanicos»).

Menciona a los autores del pequeño poema, donde encuentra una acción disolvente, cercana a la greguería: Aloysius Bertrand, Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud, Mallarmé, Oscar Wilde, Max Jacob. Ramón, ¿tiene la intención artística de escribir greguerías o las escribe porque le salen, naturalmente? Nada más personal y premeditado que el estilo. La greguería es un género atómico donde la prosa y el verso se unen y destruyen, donde la imagen se eleva sobre la palabra. Género intencionado y culto. La greguería es una reflexión sobre el espejo del agua, sobre la superficie. No se ahonda en el pensamiento. El artificio barroco se reduce al juego de las palabras. Escribe Gómez de la Serna, en clave de poética, también de justificación: «Yo me he permitido el desorden, la descomposición, el barroquismo sincero, y esto desde hace años, es decir, mucho antes de que fuese todo un poco barroco...» ¿Barroquismo sincero? Ramón se toma en serio su juego, conscientemente. El barroquismo exterior, no es en él moda o diletantismo, sino el arte elegido libremente. La metáfora es como una perífrasis para evitar la palabra directa, la naturalidad. En la metáfora, siempre barroca, el arte se superpone a la vida. Las greguerías son las mascarillas artificiosas que esconden las palabras. En Ramón, el juego exterior es su verdad artística. No le interesa la verdad profunda.

He aquí otros propósitos de su poética: «Cumple este género el deseo de disolver que hay en lo profundo de la composición literaria, el mayor deseo que hay en la vida y el que prevalece siempre en definitiva», «Dediquémonos a la diversión pura y diáfana, que defiende la vida y la aúpa», «El día en que la vida esté llena de verdaderas diversiones se habrá acabado el rencor maligno y todos los monstruos que crea el aburrimiento». Poética destructiva y creadora. Poética lúdica. Ramón está lejos de la literatura humana, profunda. Aboga por una literatura deshumanizada,²⁵ destruida por el artificio en greguerías, recreada. Más allá del aparente juego infantil, subyace, en lo hondo, un pesimismo barroco. La vanguardia culmina el cansancio barroco de la literatura y lo destruye para renacer de la atomización. Dice Ramón: «La única manera de avanzar en arte y de contar mayores distancias es innovando. Si no, no saldríamos del mismo sitio, del mismo ladrillo, de la misma lápida célebre».

Gómez de la Serna tenía el presentimiento de que se le acusaría de trivialidad. Quitar el pensamiento de la literatura, reducirla a expresión, metáfora, conlleva el riesgo de dejarla en apariencia, en nada. La greguería es un extremismo de la imagen sobre la palabra, la pérdida del equilibrio a favor de cómo se dice. Pero la literatura es más que un arte plástico, de imágenes. Una literatura sin hondura interior, desconectada del humanismo, deviene en nadería. El fulgor de la moda dura unos días. La moda es lo más actual, pero continuamente necesita devorarse a sí misma para estar en la modernidad. La metáfora es una invención sobre la realidad, que pierde su vigencia

²⁵ «La gente nueva ha declarado tabú toda ingerencia de lo humano en el arte», escribió Ortega, en la obra ya citada, La deshumanización del arte.